



EL MOMENTO IDEAL

Leo en mis notas una frase de una novela de la escritora Katharine Pancol que dice:

“No hay que decirlo todo inmediatamente. Hay que esperar a que el otro esté listo para escucharte”.

E inmediatamente me doy cuenta de cuántas veces me he precipitado en mis palabras, y han caído en saco roto. Y no porque no fuesen indicadas, sino porque no llegaban en el momento adecuado. Porque la persona a quien las dirigía no estaba lista para escucharlas.

Cuando tenemos algo dentro en relación a alguien, muchas veces nos puede la prisa por decirlo. Porque así lo damos por zanjado, y nos olvidamos del tema. Pero esto es cosa nuestra, no del otro. Estamos escogiendo el momento que a nosotros nos conviene, no el momento en que el otro estará predispuesto o preparado para recibirlo. Y claro, no funciona. Y pasamos de creer haberlo zanjado a alargarlo o a crear un problema mayor. O en el mejor de los casos a ser ignorados.

Para cumplir la regla que nos propone la autora necesitamos dos cosas: paciencia (es seguro mi caso) y sensibilidad para captar dónde está emocionalmente el otro (no siempre es mi caso pero sí algunas veces).

Me gusta aplicar una forma de funcionamiento que sí me funciona cuando soy capaz de hacerlo: tener el tema que quiero hablar con alguien en mente. Muy presente. Y a partir de ahí esperar la oportunidad de oro. EL MOMENTO. A veces sabes que es el momento porque lo lees en la expresión del otro (ahí la intuición va a ser muy necesaria), otras (y esta opción es más segura) simplemente se abre una conversación que da pie a que se pueda sacar el tema. Pero en cualquiera de los dos casos lo importante es eso: tener el tema en mente. Es como un correo electrónico que tengo preparado en la “bandeja de

salida” pendiente de apretar el botón de enviar. Porque si lo envió en el momento en que lo he escrito, quizás llegue en mal momento.

Y si nos ponemos en la piel de receptores, entenderemos perfectamente la tesis: cuando no estamos preparados, no recibimos los mensajes. Cuántas veces mi madre me repetía las cosas hasta el día que le hacía caso, le reconocía el valor de lo que me decía, y la oía decirme con impotencia:

“Llevo dos años diciéndotelo”.

